

A silhouette of a man in a long coat riding a horse, set against a solid green background. The man is leaning forward, and the horse's head is visible on the right side of the frame.

CLÁSICOS CASTELLANOS

EL CONDE LUCANOR

DON JUAN MANUEL

ADAPTACIÓN DE
EMILIA NAVARRO RAMÍREZ

bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

- © 2010, de la adaptación y de las notas, Emilia Navarro Ramírez
- © 2010, del estudio de la obra y del cuaderno documental,
Emilia Navarro Ramírez
- © 2010, de las ilustraciones del interior, Joan Mundet
- © 2010, de la ilustración de la cubierta, Enrique Lorenzo
- © 2010, Editorial Casals, S. A.

Casp 79, 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Fina Palomares Hernández
Diseño de la colección: Enric Jardí
Ilustración del cuaderno documental: Jaume Farrés
Fotografías del cuaderno documental:
PRISMA

Primera edición en rústica: septiembre 2013
ISBN: 978-84-8343-293-8
Depósito legal: B-20130-2013
Printed in Spain
Impreso en Índice S. L.
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

1 EL GUERRERO	7
El hombre del sultán (Cuento XXV)	9
Los caballeros de la arqueta (Cuento XLIV)	20
El salto del rey Ricardo (Cuento III)	27
El caballero de la hostia posada (Cuento XXVIII)	36
El regalo de la pierna rota (Cuento XVIII)	40
Los cuatro vuelos del halcón sacre (Cuento XXXIII)	44
Por las heridas no lo dejemos (Cuento XXXVII)	49
Sin tiempo para cazar (Cuento XVI)	52
Inventor de naderías (Cuento XLI)	55
2 TÁCTICAS Y ALIANZAS	59
Una apuesta peligrosa (Cuento XV)	61
Pacto de conveniencia (Cuento IX)	68
Socios enfrentados (Cuento XXII)	72
El gallo miedoso (Cuento XII)	76
Astuta golondrina (Cuento VI)	82
Unas aves muy molestas (Cuento XXXIX)	85
El infiltrado (Cuento XIX)	87
3 EL COFRE	91
Hormigas (Cuento XXIII)	93
Madrugadores (Cuento XXXI)	96
El corazón en el cofre (Cuento XIV)	98
Ahogado por avaro (Cuento XXXVIII)	101
Tu hígado para mi gato (Cuento VIII)	104
Un regalo envenenado (Cuento I)	106
El hombre que habló con su alma (Cuento IV)	113
Doña Truhana (Cuento VII)	118
Cáscaras y altramuces (Cuento X)	121

4 INGRATOS Y TIMADORES	125
Falsos amigos (Cuento LXIII)	127
Amigo y medio (Cuento XLVIII)	132
Lágrimas de perdiz (Cuento XIII)	138
La reina caprichosa (Cuento XXX)	140
Ya están asadas las perdices (Cuento XI)	143
La verdad engañosa (Cuento V)	151
Las bolas de tabardíe (Cuento XX)	155
El rey desnudo (Cuento XXXII)	161
El árbol de la mentira (Cuento XXVI)	167
El ladrón de cadáveres (Cuento XLVII)	172
La falsa beata (Cuento XLII)	176
Acosadores (Cuento XXIX)	182
Mal carácter (Cuento XXXV)	185
5 EL ESPEJO	193
El rey adolescente (Cuento XXI)	195
El mejor heredero del rey (Cuento XXIV)	200
El mendigo vergonzoso (Cuento XVII)	206
El rey que ordenó cambiar un verso (Cuento LI)	209
El alcalde que quiso blindar su alma (Cuento XL)	218
El guía ciego (Cuento XXXIV)	221
La sogá del diablo (Cuento XLV)	223
Miedo al qué dirán (Cuento II)	229
El mercader que compró un consejo (Cuento XXXVI)	235
Un lugar equivocado (Cuento XLVI)	239
Dos mujeres muy diferentes (Cuento XXVII)	243
La residencia secreta (Cuento XLIX)	256
El sultán que se hizo jugar (Cuento L)	259
Cuaderno documental: El conde le rogó que se lo contase...	273
Estudio de la obra	289

1 EL GUERRERO

EL HOMBRE DEL SULTÁN

Cuento XXV

Hablaba un día el conde Lucanor con su consejero Patronio y, en el curso de la conversación, le planteó el siguiente asunto:

—Patronio, uno de mis vasallos más leales me ha pedido hoy que le ayude a elegir el mejor esposo para una muchacha de su familia que está en edad de casarse. Ya me ha expuesto las cualidades de cada uno de los pretendientes y a mí me gustaría mucho ayudarle a elegir correctamente. Sé, Patronio, que vos sabéis mucho de este tipo de cosas, así que os ruego me digáis algo que me pueda orientar.

—Señor —respondió Patronio—, para que podáis aconsejar sin equivocaros a quien tenga que casar a una joven doncella, me agradecería mucho que supieseis lo que le sucedió al conde de Provenza¹ con el sultán de Babilonia, llamado Saladino².

1. *Provenza*: región francesa situada al sudeste del país.
2. *Saladino* (1138–1193): venció a los cristianos en la segunda cruzada y devolvió Jerusalén a los musulmanes. Fue sultán, entre otras tierras, de Siria, Egipto y Palestina. Ya en su tiempo se convirtió en modelo de virtudes y buen juicio. Aparece también en *El sultán que se hizo juglar* (cuento L, pág. 259). Véase, en el Cuaderno documental, «Las cruzadas».

El conde le rogó que le contase aquella historia.

—El conde de Provenza —comenzó diciendo— era un hombre bueno y siempre actuó del modo más correcto; pensando que, al morir, podría gozar del Paraíso, siempre se comportó con la dignidad y el rango de un noble caballero. Para ganarse la salvación que tanto anhelaba, un día reunió un gran ejército de fieles guerreros y se puso en camino hacia Tierra Santa. «Ocurra lo que ocurra —se dijo a sí mismo—, lo consideraré algo bueno, ya que voy a la guerra para servir a Dios».

Pero Dios actúa de forma imprevisible, y a veces somete a duras pruebas a los que más lo veneran. Y cuando las superan, les devuelve con creces lo que antes les ha hecho perder.

Por eso quiso Dios poner a prueba al conde de Provenza, y permitió que el poderoso sultán árabe Saladino lo apresase en el transcurso de una batalla.

Saladino pronto conoció las buenas cualidades del conde; y aunque era su prisionero, lo trataba con tanta consideración y respeto que lo convirtió en su consejero. El conde, por su parte, le daba muy buenos consejos, de modo que el sultán acabó confiando tanto en él que le otorgó los mismos poderes de los que hubiese disfrutado de haber permanecido en tierras de Francia.

A todo esto, el conde había dejado una hija muy pequeña en su casa de Provenza y, como habían pasado bastantes años, la muchacha estaba ya en edad de casarse. Su esposa, la condesa, y sus otros parientes le enviaron un mensaje con la relación de nobles que la pretendían en matrimo-

nio. Y un día, hablando, como era habitual, con Saladino le dijo:

«Señor, vos me hacéis un gran honor tratándome tan bien y confiando en mí para todo. Pero yo también quisiera pedir os que, con vuestro gran entendimiento, me aconsejarais sobre el casamiento de mi hija, que es un asunto muy importante para mí».

El sultán agradeció al conde sus palabras y le respondió que le aconsejaría con mucho gusto, y, no solo eso, sino que le ayudaría en lo que hiciese falta.

Entonces el conde leyó en voz alta la lista de pretendientes que aspiraban a la mano de su hija y le preguntó cuál de ellos le convenía más. Saladino le respondió:

«Conde, vos sois inteligente, y con poco que yo os diga sabréis hallar la solución. Por mi parte, voy a aconsejaros según mi entender. Veréis, yo, naturalmente, no conozco a ninguno de los que aspiran a casarse con vuestra hija, no sé cuál es su linaje ni cuánto poder tiene cada uno; no los he visto, por tanto desconozco su complexión y fuerza; y tampoco sé si son o no vecinos vuestros, ni, en definitiva, en qué son mejores unos que otros. Por esas razones no os puedo dar un nombre concreto. Sin embargo, sí os daré un consejo: casad a vuestra hija con un hombre».

El conde le agradeció mucho el consejo, porque comprendió de inmediato lo que el sultán le había querido decir. Así que envió una carta de respuesta a su mujer y a sus parientes en la que les pedía que le informaran acerca de todos y cada uno de los hidalgos que había en sus comarcas, incluyendo a aquellos que, por ser de menor rango, no



podían aspirar a casarse con su hija. Les rogó que le diesen una detallada explicación de cómo eran el temperamento y la fisonomía de cada uno de ellos, así como de los nobles de alto rango y príncipes que aspiraban a aquel matrimonio.

La condesa y los parientes se quedaron muy sorprendidos de aquella petición, pero hicieron lo que el conde decía. Así que prepararon un escrito en el que relataban todas las cosas buenas y malas que tenía cada uno de los pretendientes, así como el resto de la información solicitada, y se lo enviaron al conde.

Este mostró al sultán la carta que había recibido de su familia, y Saladino comprobó que, aunque todos eran buenos candidatos, tanto los que eran hijos de reyes como de grandes señores tenían alguna tacha. Unos mostraban malos modales en la mesa, otros tenían mal carácter, los había que buscaban siempre malas compañías, alguno era tartamudo, y en general todos adolecían de algún defecto.

Sin embargo, observó que el hijo de un hidalgo que no tenía demasiada hacienda era, según el escrito, el mejor de todos, pues no parecía tener ningún defecto. Así pues, aconsejó al conde que casase a su hija con él, ya que el resto de aspirantes presentaba algún inconveniente, y él no. «Y siempre —puntualizó el sultán— debe ser más apreciado el modo de ser y actuar de una persona que sus riquezas o su linaje».

El conde ordenó, pues, a su mujer y a sus parientes que casasen a su hija con aquel desconocido y ellos, aunque se sorprendieron mucho, enviaron a buscarlo y le comunicaron la decisión.

Una vez informado, el joven hidalgo les respondió: «Sé muy bien que el conde posee más riquezas y títulos que yo; pero también estoy convencido de que si yo fuese conde como él, sería un magnífico partido como esposo». Acto seguido, les advirtió que, si aquella proposición de matrimonio se la estaban haciendo para después no cumplirla, lo estaban injuriando y dañando sin motivo. Ellos le respondieron que la propuesta era sincera, y le contaron cómo el sultán Saladino había aconsejado al conde que casase a su hija con él, y no con ninguno de los hijos de los príncipes y grandes señores de Francia por una única razón: por ser un hombre.

Al oír esto, el joven comprendió que lo del casamiento iba en serio. Y acto seguido pensó que, ya que Saladino lo había escogido por hombre, no sería él un hombre si no actuase como tal desde ese mismo instante. Así pues, respondió a la condesa y al resto de familiares que aceptaba la propuesta, siempre que le traspasasen a él todos los poderes y rentas del condado. No les explicó, sin embargo, cuáles eran sus planes.

A ellos les pareció bien y así lo hicieron.

Su primera decisión fue coger una gran suma de dinero y, en secreto, fletar una buena cantidad de galeras. El resto de la fortuna lo guardó. Después señaló la fecha de la boda.

Llegado el momento, esta se celebró con toda clase de lujos y riquezas, y la asistencia de muchos invitados. Ya de noche, cuando llegó la hora de ir al palacio donde le aguardaba su mujer, antes de irse juntos a la cama, el joven esposo llamó a la condesa y a sus parientes.

«Señora condesa, señores —dijo—, ya que el sultán me ha escogido por la única razón de ser un hombre, me veo en la obligación de actuar como tal. Por tanto, aquí quedan el condado y mi mujer aún doncella. Ahora me propongo, con la ayuda de Dios, enseñar al mundo lo que un hombre puede llegar a hacer».

Y dicho esto, montó en su caballo y se marchó.

Se dirigió en primer lugar al reino de Armenia, donde vivió algún tiempo, hasta que conoció bien la lengua árabe y las costumbres de la tierra. Allí se enteró de que a Saladino le apasionaba la caza.

Se hizo entonces con muchas aves y perros, y se dirigió a tierras del sultán. Repartió sus galeras en cada puerto y las dejó allí atracadas hasta que él diera orden de zarpar.

A continuación se dirigió al palacio³ de Saladino, quien lo acogió con un magnífico recibimiento. Sin embargo, el joven hidalgo no le besó la mano ni le hizo reverencia alguna, como hacen los vasallos con su señor. Saladino, como muestra de hospitalidad, lo agasajó y le ofreció cualquier cosa que necesitase. Pero él no quiso nada; solo le pidió hospitalidad por unos días para poder conocer de cerca todas las cosas buenas que había oído decir de él y de su pueblo. Después añadió:

«Señor, me he enterado de que sois muy buen cazador; por eso me he tomado la libertad de traer numerosos hal-

3. En Damasco (Siria).

cones y perros adiestrados. Escoged cuantos queráis. El resto lo usaré yo cuando deseéis salir de caza, pues me ofrezco para serviros de acompañante».

Saladino se lo agradeció mucho y escogió las aves y perros que más le gustaron. Sin embargo, no consiguió que su invitado aceptase ninguna cosa suya, ni compartiese confianza alguna, ni entablase amistad por la que tuviese después que serle fiel. Con esta extraña forma de actuar, el joven permaneció algún tiempo en el palacio.

Y como Dios interviene cuando es su voluntad en las cosas del mundo, dispuso que, yendo un día ambos de caza, echaran a volar a los halcones para cazar unas grullas. Y persiguiendo a una de ellas, llegaron hasta un puerto donde estaba atracada una de las galeras que había fletado el joven hidalgo. Ambos hombres cabalgaban sobre excelentes caballos, y siguieron el vuelo de las aves sin que el sultán se diera cuenta de que se estaban alejando mucho de la ciudad y de su séquito. Cuando, finalmente, Saladino llegó a donde estaban los halcones, que habían apresado a una grulla, descendió del caballo para azuzarlos. Y fue entonces cuando el yerno del conde, al verlo en tierra sin protección, llamó a los tripulantes de la galera, que estaban por allí agazapados.

El sultán seguía distraído azuzando a los halcones para que se ensañaran con el ave y, al ver que unos hombres lo estaban rodeando, se quedó muy sorprendido. Inmediatamente, el joven sacó su espada e hizo amago de herirlo. Saladino, muy consternado, comenzó a reprocharle ásperamente aquella traición.

El yerno del conde respondió que no era traición, pues él no lo tenía por señor, no había querido nada suyo, ni había aceptado regalo alguno, y que, por tanto, no le debía nada. Y añadió:

«Señor, esto que está ocurriendo es por vuestra causa».

Tras estas enigmáticas palabras, lo hizo prisionero y lo llevó a su nave; y, una vez dentro, le dijo: «Señor, yo soy el yerno del conde de Provenza, ese a quien vos mismo habéis elegido entre otros candidatos más importantes por la única razón de que soy un hombre, y, ya que he sido escogido por eso, bien sabéis que me veo en la obligación de demostrarlo. Y lo hago de esta forma: rogándoos que liberéis a mi suegro para podérmelo llevar de aquí. De este modo, señor, quedará demostrado que vuestro consejo ha sido bueno y que ha tenido excelentes consecuencias». Cuando Saladino oyó todo esto, se alegró muchísimo y le aseguró que así lo haría.

El joven caballero confió en la palabra del sultán, lo sacó de la galera y se dispuso a acompañar a Saladino de regreso a su palacio, ordenando a los tripulantes de su barco que se alejasen mar adentro, donde nadie los pudiese ver.

Ambos volvieron al mismo lugar en que se había producido el rapto y allí continuaron cebando a los halcones como si nada. Y cuando los alcanzó el séquito, encontraron a Saladino muy alegre, aunque en ese momento no dijo nada de lo que había sucedido.

En cuanto llegaron a la ciudad, se dirigieron a la casa donde estaba preso el conde, y al verlo le dijo el sultán, lleno de satisfacción:

«Amigo, no sabéis lo contento que estoy por el buen consejo que os di acerca del matrimonio de vuestra hija. Porque —y señaló al joven—, ¡aquí tenéis a vuestro yerno, que acaba de liberaros de vuestra prisión!»

Entonces le contó todo lo que este, por lealtad, había hecho: su arriesgado plan de secuestro y la confianza que había mostrado liberándolo de la galera y volviendo con él a la ciudad.

Todos los presentes alabaron mucho la astucia, el esfuerzo y la lealtad del yerno del conde. Admiraron la amistad que se profesaban el sultán y el noble caballero, y dieron gracias a Dios por aquel final feliz.

A continuación, el sultán hizo muchos y muy ricos regalos al conde y a su yerno. Y entregó a su amigo riquezas por el doble del valor que en Francia hubiese obtenido con las suyas en todo aquel tiempo. Finalmente, lo dejó marchar muy complacido⁴.

Y todas estas cosas buenas sucedieron gracias al consejo de Saladino: que buscase a un hombre para casar a su hija.

Vos, señor conde Lucanor, que tenéis que orientar a vuestro vasallo acerca de este mismo asunto, decidle que elija a un hombre que valga la pena por sí mismo, dejando aparte su rango, riquezas y linaje. Pues no hay que olvidar que un hombre que vale de verdad hace que crezca todo cuando hay a su alrededor; sin embargo, el que no vale pierde pronto todo lo que recibe como herencia. Os podría

4. La figura de Saladino se convirtió, ya en su tiempo, en modelo de cortesía caballeresca y de diálogo entre culturas.

dar muchos ejemplos de personas que he conocido y que, habiendo recibido muchos bienes de sus padres, lo han perdido todo; mientras que a otros les ha sucedido lo contrario, y son más admirados por lo que han alcanzado por sí mismos que por lo mucho que hayan podido heredar.

En fin, señor conde, lo más importante es la valía personal: eso es lo primero que hay que buscar en una persona. El resto va después.

Mucho le gustaron al conde Lucanor estos razonamientos de Patronio, pues los consideró cargados de sentido común.

Y a don Juan también le parecieron muy valiosos. Por eso los mandó poner en este libro, y les añadió unos versos que dicen:

*El hombre que es cabal todo lo acrecienta,
quien no lo es arruina la hacienda y la renta.*

LOS CABALLEROS DE LA ARQUETA

Cuento XLIV

Un día el conde Lucanor le planteó a su consejero el siguiente asunto:

—Patronio, yo he vivido grandes guerras en las que he estado a punto de perderlo todo. Y cuando más necesitado estaba, me he encontrado a veces con que algunos de mis vasallos, que se habían criado y educado en mi propia casa y en quienes yo más confiaba, me abandonaban a mi suerte, e incluso intentaban traicionarme para causarme el mayor daño posible. Os confieso que experiencias como estas me han hecho desconfiar mucho de la gente. Decidme, ¿qué pensáis de esta actitud mía?

—Señor conde —respondió Patronio—, si los que se portaron así con vos se pareciesen a los Caballeros de la Arqueta, estoy seguro de que no hubieran actuado de ese modo tan ruin.

El conde quiso saber qué les había sucedido a aquellos caballeros.

—Señor —continuó el consejero—, el conde don Rodrigo el Franco se casó con una doncella, hija de don Gil García de Zagra, que se comportó desde el principio como

una buena esposa. Sin embargo, su marido levantó contra ella un falso testimonio. La dama elevó una oración a Dios rogándole que, si ella era culpable de lo que su esposo le había imputado, realizase un milagro para castigarla; y si el culpable era él por haberla infamado, que el milagro actuara contra este.

Nada más terminar la oración, el marido se volvió leproso. Ella se separó al poco tiempo de don Rodrigo y regresó a la casa de sus padres.

Cuando se enteró de lo ocurrido, el rey de Navarra envió a sus emisarios para pedir a esta dama en matrimonio, y al poco tiempo se casó con ella, convirtiéndola así en reina de Navarra.

El conde, por su parte, viéndose leproso y sin cura posible, se dirigió a Tierra Santa¹ para acabar allí sus días. Y aunque él era un noble de alto linaje y tenía muchas riquezas y vasallos, solo quiso que le acompañaran tres de ellos: don Pedro Núñez, don Ruy González de Cevallos y don Gutierre Ruiz.

Los cuatro pasaron tanto tiempo en Tierra Santa, que acabaron por quedarse sin provisiones y sin dinero, hasta el punto de que ni el conde ni ellos tenían nada para comer. Con el fin de remediar tan extrema pobreza, dos de los tres caballeros se pusieron a trabajar durante el día en diferentes oficios², mientras que el otro quedaba al cuidado de su

1. *Tierra Santa*: territorio que comprende los lugares donde se desarrollaron escenas bíblicas, especialmente Jerusalén, cuyo dominio por parte de musulmanes y cristianos dio lugar a numerosas guerras medievales llamadas *cruzadas*.
2. Que alguien de la nobleza trabajara a cambio de un salario estaba mal considerado en la Edad Media.

señor; y por la noche los tres se ocupaban de bañarlo y de limpiarle las llagas que le producía la lepra.

Una noche, mientras le lavaban los pies y las piernas, sintieron necesidad de escupir, y así lo hicieron. El conde pensó que escupían por asco, y comenzó a llorar y a quejarse de su mala suerte. Entonces ellos, para darle a entender que no sentían repugnancia de su enfermedad, formaron cada uno un cuenco con las manos y se bebieron el agua con la que lo estaban aseando, y que estaba, a la sazón, llena del pus y las pústulas que se habían desprendido de la cura.

Con esta lealtad lo cuidaron, hasta que un buen día don Rodrigo murió.

Como pensaban que para ellos sería una deshonra regresar a Castilla sin su señor, vivo o muerto, no se decidían a volver, pues no podían hacer el camino de vuelta cargando el cadáver. Algunas personas les aconsejaron que cociesen los huesos del difunto en agua hirviendo para, de ese modo, poderlo trasladar. Pero ellos no estaban dispuestos a consentir que nadie lo tocara, ni muerto ni vivo. Así que lo enterraron y esperaron pacientemente hasta que el cuerpo se descompuso por completo. Fue entonces cuando introdujeron los huesos en una arqueta y emprendieron el camino de regreso con su señor a cuestras, soportando el peso por turnos.

Durante el viaje de vuelta, iban pidiendo limosna para poder comer, y narraban a quien quisiera oírlos todas las penalidades que habían sufrido en Tierra Santa.

Hasta que por fin un día llegaron a la comarca de Tolosa. Aunque eran muy pobres, se sintieron felices de estar allí.

Pero al entrar en un pueblo, se toparon inesperadamente con un gran gentío que estaba llevando a la hoguera a una dama, acusada por el hermano de su marido de haber cometido un acto deshonesto. El dictamen de la sentencia decía que, a no ser que algún caballero la salvase, sería quemada en la hoguera.

Don Pedro Núñez el Leal, impulsado por sus buenas intenciones, dijo a sus compañeros que, si él tuviese la certeza de que aquella mujer era inocente, estaría dispuesto a salvarla. De modo que se dirigió a ella y le pidió que le contase la verdad acerca del asunto por el que había sido acusada.

—No he realizado el acto del que me acusan —respondió ella—, pero me hubiera gustado hacerlo.

Y él entonces se sintió en la obligación de salvarla.

Los que la denunciaban desconfiaron al principio de don Pedro, porque pensaban que, por su aspecto, no poseía la condición de caballero; pero él mostró sus credenciales nobiliarias y todos tuvieron que aceptarlo. Los parientes de la dama, por su parte, le ofrecieron inmediatamente caballo y armas; y, cuando ya estuvo todo preparado para el torneo, los avisó diciendo:

«Señores, podéis estar tranquilos, pues venceré y salvaré a esta dama. Pero debéis saber que yo voy a sufrir un fuerte percance, y que así quedará saldado el deseo que ella sintió de realizar el acto por el que ahora la acusan³».

3. Sorprende que don Pedro conozca el resultado y las consecuencias del combate antes de que este tenga lugar. Se trata de un elemento fantástico que refuerza este juicio de Dios (véase el Cuaderno documental).